

Casas con ramo

ERAN y son las que vendían vino, y el ramo, por lo general, un manojillo de sarmientos envueltos en un trapo negro,

sujeto con un cordel y colgado sobre la puerta.

Era un conato de taberna, sin mostrador, con un par de barriles puestos en tarugos, una lebrilla, las medidas y una meseja para tenerlas.

Todo puesto en el portal, completado con un par de sillas, al pie de la puerta y atendido por la mujer. Muchas veces, si la cosa iba bien, se entraba aquello en una habitación de las de la calle y ya estaba la taberna. Así empezó la Simona, la «Bizca la Taranconera» y otras regentas de tascas que alcanzaron nombradía.

Los transeuntes mostraron en todo momento especial predilección por los portales con ramo para hacer sus libaciones. Huían de los establecimientos abiertos, y no solo los pobres que llevaban un bote para llenarlo y bebérselo al abrigo de la esquina, sino aquellos que a diario venían al pueblo con mercancías a la plaza, villanqueros, migueletes y herencianos, al irse se congregaban en las puertas con ramo que había en su dirección, sacaban un buen jarro para remojar el pan y guindilla del almuerzo y salían tan templados sobre los borricos.

Aquellos hombres encontraban en los ramos apartados la soledad, el sosiego y la posibilidad de hablar tranquilos de las alternativas de la plaza, lo mismo dentro del portal, si andaba aire, que sentados en la acera si hacía buen tiempo. Tenían, además, la experiencia del buen género y de la medida con corriente, hecha con jarros que se sabía lo que hacían, pizca más o menos.

Si la dueña acogía con agrado a la parroquia, pronto se reunían algunos pardillos a echar un truque mientras se bebían el jarro y el portal iba tomando animación hasta que había que correrse al patio o entrarse en la cocina.

Echar ramo fué una ayudeja para muchas familias y un medio de valorar el caldo de la tierra, facilitando su consumo al menudeo, cuando no todo el mundo podía comprarlo por arrobas, ni tenía donde tenerlo.

El ciego de Villafranca

ERA un hombre alto, metido en carnes,

jarro, pecoso y pausado, que venía a Alcázar mucho y pasaba largas temporadas en la posada de la Cayetana. No era completamente ciego, era «burriciego» según decía Atanasio, y se dedicaba a rifar guitarras lujosas, unas veces «peladas» y otras, la mayoría, acompañadas de mantones de Manila o paquetes de duros «contantes y sonantes». De eso vivía.

Iba solo, sin lazarillo, con la garrota de compañera, colgando del brazo izquierdo. La vihuela sujeta de un corchete cosido a un senojo que le abrazaba el cuello. Caminaba lentamente, tocando y cantando, con posetes frecuentes para enseñar lo que rifaba en los corros de vecinas.

Por entonces la adquisición del pañuelo de Manila, indispensable para las mozas, era un problema en muchas casas y el ciego se beneficiaba de la posibilidad de resolverlo por la suerte de una papeleta.

Los novios también hallaban un medio de congraciarse con su media naranja, sin tener que sacar el forro de los bolsillos del chaleco, que salía con facilidad casi siempre.

«Se rifa la guitarra y el hermoso mantón de Manila», voceaba el ciego con voz bronca, salivosa y las muchachas lo seguían, observando los detalles del bordado, por las mañanas en la plaza y por las calles durante el día. Muchas se apañaron de esa manera y el ciego salió adelante con ello decorosamente mientras pudo andar, siendo una nota agradable y entretenida su paso diario por toda la población.